

Nostalgia de México / *Sehnsucht nach Mexiko*

Lo múltiple y lo único

Creía que sabía qué era México y qué significaba ser mexicano hasta que dejé el país. Desde entonces tengo una sensación de falta que no quiero llenar, un deseo por esa falta (*Sehnsucht*). Cuando vivía en México creí que no me identificaba con el significante “mexicano” porque sabía lo que eso significaba. Ahora me doy cuenta, luego de reivindicar mi mexicanidad, que soy mexicano pero que eso no quiere decir una cosa, sino múltiples. Y creo que esto sólo ha sido posible por haber viajado.

Me interesan los viajes porque nos transforman, porque hacen que nuestra mirada del mundo se haga más vasta. Las experiencias que nos atraviesan en los viajes nos cambian desde adentro, nos hace ser un poco más humildes, nos hacen reconocer la inmensidad de todo lo que no sabemos. Incluso de lo que habíamos creído que sabíamos. Nada tan común o repetitivo al ser extranjero que, al entablar una conversación con una persona nativa o de otro sitio, la gente pregunte «¿cómo son las cosas en tu país?». Al inicio uno responde, yo respondía, un poco con cierta autoridad, como pensando que la última palabra sobre México la tendría yo, pues nadie más tenía una experiencia con la que contrastar la mía como nativo, por un lado, pero sobre todo porque al inicio todavía creía, puerilmente, que sabía cómo era México, qué significaba ser mexicano. Pero mientras más se ha repetido la pregunta más me ha horadado la incertidumbre. ¿Realmente puedo decir cómo es México, ese enorme territorio del que conozco apenas una ínfima parte? ¿Puedo decir qué implica ser mexicano, así, de modo general? He llegado a creer que sí. Y que no. Porque hay algo que nos une, eso que llamamos cultura, pero también hay miles de cosas que nos hacen reelaborar esa cultura con sus particularidades, como el hecho de que haya muchos pueblos en el interior del país; naciones que comparten el territorio, pero que se yerguen abrazando las múltiples raíces de lo mexicano.

El año pasado tuve la oportunidad de organizar un evento en el que hablamos sobre literatura y lengua, sobre las variaciones que ésta tiene de región a región incluso en un mismo país. Varios escritores de diferentes partes del territorio conversaron conmigo sobre su obra y el modo en que la realidad mexicana se configura de diversos modos desde una misma lengua. Conversé primero con cada uno y luego con todos en una charla virtual. Durante ese conversatorio me pude dar cuenta de que un tema lateral, que no pudimos abordar de lleno, fueron las lenguas y las naciones originarias de nuestro país; la otra cosa de la que me di cuenta es que todos éramos mexicanos y que compartíamos ciertos códigos y, al mismo tiempo, había cosas que no nos acomunaban en la misma realidad. Una perogrullada que casi me da vergüenza admitir que no había reconocido en mi experiencia. Pero son esas cosas que uno sabe y no sabe, y que no conoce realmente hasta que entiende, con todo el cuerpo, de qué va ese lugar común.

Hace poco más de cinco años que no vivo en México y, en este tiempo, he vuelto cuatro veces a mi tierra natal, pero nunca había sentido el impulso vital de conocer los territorios desconocidos, hasta que comenzó a faltarme México, hasta que todos comenzaron a preguntarme cómo es la situación en México y tuve que responder “no sé” —y en esa repetición me fui dando cuenta de que nunca he sabido, realmente, cómo es. Aunque desde que vivo en Italia he tratado de ver, desde otra mirada, el país en el que nací, sólo hasta que comencé a conversar con Michael Willöfer comencé a percatarme de cosas que apenas venía intuyendo. Esas cosas que uno da por descontadas, por obvias, hasta que se revelan como particulares o como extrañas frente a otros ojos. Como el gesto de comer picante con cualquier tipo de alimento, por dulce o salado que sea, y que nos parezca la cosa más normal —que descubrí al notar la cara de horror e incomprensión de una amiga piemontesa al probar un dulce picante—; como descubrir lo extraño que puede resultar cocinar para tus muertos y festejarlos lleno de colores y que no sea un día solmene; como darme cuenta de que una fotografía del centro de la Ciudad de México vacío de gente es un paisaje que sólo puedes conocer si vives ahí —algo que descubrí conversando con Willöfer, al ver algunas de sus fotografías.

Michael es un fotógrafo alemán amigo mío que vive entre Berlín y Ciudad de México. Vivió en México por varios años luego de tener un intercambio para sus estudios en arquitectura en la

UNAM. Ahí estudió una maestría en fotografía y ha expuesto su trabajo tanto en México como en Berlín. Una de sus muestras fotográficas, *Narvarte*, me puso en contacto de nuevo con él (nos conocimos durante el tiempo que coincidimos en México y, con él, comencé mi trabajo periodístico: fue él el primer artista al que entrevisté buscando traducir nuestra conversación en un ensayo/reseña que diera cuenta sobre una exposición suya). Su trabajo fotográfico tuvo un giro cuando mataron a Rubén Espinosa Estrada cerca del departamento en el que vivía; esto hizo que huyera de la ciudad hacia la provincia «para ver, sentir y experimentar las causas de los muchos problemas, sobre todo de la violencia, que hay en el país». Los raíces de la violencia, de los problemas .. Conversando con él me contó algo que hizo que mi escritura, también, diera un vuelco: a tratar de escribir considerando la mirada de los otros —sabiendo que siempre estará atravesada por mi experiencia, que es una aporía decir algo por nadie más—; él me dijo que ese evento, ese asesinato, lo hizo darse cuenta de golpe que ese fotógrafo podría haber sido él. Esa misma experiencia que tenemos, creo, todos los mexicanos: saber que la violencia puede aniquilarnos en cualquier momento, que las balas nos pasan a quemarropa. Luego de esa conversación hemos seguido hablando y cada vez que miro una de sus fotos me doy cuenta de cosas que me parecen obvias sobre México, pero que no lo son. Y es en este cruce de miradas que se cierne el libro que estoy escribiendo.

Cuando comenzamos a conversar ya estaba escribiendo este libro sin saber que buscaba hacer una crónica de viaje. Comencé a escribir textos sueltos en mi cuaderno de escritura en línea poco después de que me fuera de México y cada vez que he vuelto he descubierto eso que Alejandro Zambra describe cuando vuelve a Chile, que uno se siente en un limbo entre entenderlo todo y no entender nada.

La pregunta que atraviesa el libro todo es ¿qué es ser mexicano? Pero no me interesa responderla a la manera en que Octavio Paz lo hiciera en el *Laberinto de la soledad*, ni elaborar una reflexión sobre los orígenes de los comportamientos de los mexicanos, ni de su psicología —Samuel Ramos, Santiago Ramírez—; el gesto de Paz me interesa —el de ver México desde afuera, desde el extranjero—, pero para dar cuenta de algo más. Lo que me propongo es volver a México, hacer un viaje por el país, para entender, desde afuera y desde adentro, en ese limbo entre entender nada y entenderlo todo, qué es lo mexicano, dando cuenta de la aporía de esta pregunta, subrayando la imposibilidad de responder totalmente y ofrecer, en cambio, una acumulación de miradas. Este libro va contra la idea de nacionalidad, de nacionalismo. Lo que persigo en la idea de lo mexicano es la pluralidad que vive en México por sus más de 60 lenguas nacionales, acomodadas en sus 12 familias lingüísticas y sus otras tantas naciones que se erigen al interior de un mismo territorio.

Conversar con las personas —**viajes a la memoria**: charlar con gente que hable alguna de las lenguas originarias de nuestras naciones—, para saber qué piensan sobre México, qué nos acomuna y que nos separa entre regiones, qué riqueza le da a nuestro país todos sus pueblos, qué tradiciones nos nutren mutuamente y dar cuenta de esas historias. Ver a través de las fotografías de Willöfer otro México —**viaje a la mirada de otro**: evocaciones desde la fotografía—, del que no puedo darme cuenta porque lo tengo demasiado cerca. Leer sus paisajes y su gente —**viaje a través de la literatura**: crónica de lectura— en los autores vivos y muertos que han escrito buscando abreviar de lo mexicano —desde Luis Guzmán hasta Rulfo, dialogando con Clio Mendoza, Valeria Luiselli, Fernanda Melchor. Entender cómo es que lo mexicano me habita —**viaje al interior**: crónica introspectiva—, a través de los viajes que he hecho y los que estoy por realizar al interior del país. Y envolver todas estas conversaciones, estas lecturas, estas experiencias, en un solo relato que retrate *una* realidad mexicana que dé cuenta de la multiplicidad y lo común —**crónica de viajes**—.

Procesos

El libro *Nostalgia de México / Mexikos Sehnsucht* busca poner en la superficie esa falta inexplicable, ese deseo inapagable, ese anhelo por algo distante, inalcanzable, pero del que se siente dolorosamente la falta: *Sehnsucht*. La elección de la palabra alemana no es gratuita; no tiene que ver sólo con lo intraducible de este concepto, sino con el diálogo que tengo, que seguiré teniendo, con Michael

Willöfer —en español y en alemán— para ver ese lado de México al que sólo puedo acercarme desde su mirada, desde su lengua (hay algo que hace que él vuelva cada año a México que se parece a la nostalgia que siento por mi país natío, pero que no es igual, que corre en paralelo.). También tiene que ver con el gesto lingüístico que está en el centro de este viaje: recopilar palabras de nuestras lenguas originarias, intraducibles, que den cuenta de lo múltiple en lo mexicano.

A través de cuatro procedimientos —“Viajes a la memoria”, “Viajes a la mirada del otro”, “Viajes a través de la literatura”, “Viajes al interior”— busco construir una crónica de viaje que esté habitada por las voces del pasado, las voces del presente, las voces de lo extranjero y mis propias voces —mi genealogía—.

Giorgio Lavezzaro, 2022